



CAPITULO XXIV

De los medios de que se valió la gracia para que este pecador no se perdiese del todo y para siempre, y lo escribe para que otros esperen y peleen.

No hay duda que es infalible, verdadera y constante la sentencia del Santo Job, que después pronunció San Pablo con la misma claridad, *que es guerra la vida del hombre sobre la tierra y que la carne pelea contra el espíritu y el espíritu pelea contra la carne.* Y así como la culpa y el demonio se valían de todos aquellos medios que hemos dicho para ganar y destruir á este alma, Dios y la gracia se valían de otros para tenerla, contenerla, y pérdida cobrarla y caída levantarla.

Lo primero: le dejó Dios á esta alma un ansia grandísima de no ofenderle, servirle y agradarle. Y aunque no era eficaz y poderosa para huir de los peligros, y algunas veces para incu-

rir en los daños, lo era para sentirlos, aborrecerlos, llorarlos y pedir á Dios perdón. Y aunque esto no es lo mejor acompañado de aquello (esto es, pecar y llorar), es menos malo que si fuera aquello solo, porque una cosa es perderse ya vueltas á Dios las espaldas, y esto es perderse del todo. Otra es perderse sin querer perderse, sintiendo perderse y pidiendo á Dios que no le deje perder: este modo de perderse, aunque es de daño el perderse, tiene disposiciones más fáciles de cobrarse.

Lo segundo: le conservó siempre el dolor de cualquiera cosa en que se desviase de agradar á Dios ó se acercase á ofenderle. Y en lo grande y lo pequeño, si caía se levantaba, lloraba, clamaba á Dios, le pedía lo apartase de lo malo, lo conservase en lo bueno y que muriese antes que le ofendiese; y estar un alma clamando á Dios son prendas de que lo halle.

Lo tercero: le conservó la penitencia, el dolor y sentimientos de ofenderle, aborreciendo cuanto no era agradar y servir á Dios; conociendo lo malo y llorándolo; defendiendo lo bueno y abrazándolo; de suerte, que el vencer era con gran gusto suyo y el caer con gran disgusto, porque siempre la razón y la gracia estaban aborreciendo á la pasión y á la culpa.

El cuarto: no haberse rendido á la culpa de

voluntad, que abrazaba las pasiones como á amigos, sino como á enemigos, vencido, rendido y triunfado de la culpa; pero reventando, no caminando (cuanto á los pasos del alma) por su pie, sino arrastrado. Y esto de obrar como obra el imperfecto, pecaminoso ó malo (aunque es malo obrar con tanta luz y así lo agrava) pero tiene más fácil el remedio que si fuera voluntario de voluntad amigable, y gustoso sobre malo, porque entonces obra el alma, rotas las dos riendas de la razón y vergüenza, persuadida más que no llevada del apetito, sin quererse contener.

Lo quinto: que no dejó la oración y la penitencia, y el pedir á Dios perdón y misericordia, ni aquellos ejercicios que miraban á su agrado y gusto, sintiendo hacer cualquier cosa que le apartase de Dios, cuanto más aquello en que le ofendía y desagradaba.

Lo sexto: que todos los días confesaba, decía misa y se preparaba, y aunque no era entre estas batallas y miserias con la pureza que debía; pero le parecía á él que la quisiera tener purísima, y así lo entiende ahora, y á los piés del confesor diera la vida por no haber ofendido á Dios y no volver á ofenderle, y en la misa clamaba con voces de su alma, dolorosísimas, y lágrimas bien frecuentes, que no permitiese lo dejase y le

librase de estos peligros y daños, y aunque esto era en muchas ocasiones, sin apartarse de los medios del peligro y perdición, debía de compadecerse Dios de ver malo al que quería ser bueno, y enemigo al que deseaba ser su esclavo y amigo, y de ver siervo afligido de la culpa al que en su alma no deseaba ausentarse de la gracia.

Lo séptimo: también debió de compadecerse aquella Divina misericordia de este hombre, porque cuando podía huir de su perdición y le ayudaba Dios á hacerlo, huía de los peligros y andaba siempre buscando á su daño el remedio; y ya clamando, ya orando, ya haciendo penitencia, ya huyendo, siempre estuvo peleando; y era como un luchador y un soldado que ya se levanta, ya lo llevan, ya queda como muerto en la campaña, ya se levanta y pelea, y sin perder el ánimo, herido y vencido, vuelve otra vez á pelear, hasta vencer y escaparse; y este modo de caer y pelear (que se debe á la gracia Divina, que ayuda al pobre soldado que pelea) es de grandes esperanzas, y del que dice el Señor que quien así cae no se perderá del todo, antes volverá á servirle: *Cum ceciderit non collidetur, quia Dominus supponet manum suam.*

Supone su mano Dios unas veces para que no caiga el alma desde la culpa leve á la grave; otras para que no desde la grave al infierno. Y

se levanta, y todo es caer sobre la misericordia, que le alumbra, le levanta y favorece. Bendita sea tan inefable piedad. Así cayeron David, San Pedro, San Pablo y este pecador pecadorísimo, con mayor superstición que cuanto tiene, ni ha tenido, ni puede tener el mundo.

Lo octavo: debió de ser grande bien para el alma el no haber perdido los sentimientos de Dios y de su amor, dolor con amor, y amor con dolor grandísimo de ofenderle, que este nunca se apartó de su alma, ni su Divina Majestad se le quitó: sino que, aunque como miserable caía, lloraba y se levantaba amando á quien le ayudaba, adorando á quien le amaba y pidiendo gracia y fuerzas para perseverar en lo bueno y no incurrir en lo malo.

Y aunque es así, que el amor imperfecto sensitivo, se compadece con la culpa y tiene en ello mucha parte la naturaleza; pero cuando este amor sensitivo á Dios, tiene ó tuvo su raíz en el racional, espiritual y verdadero, fácilmente con la gracia y por la gracia se hace y se vuelve verdadero, racional y espiritual. Y asimismo no hay amor de Dios perfecto, ni se compadece con la culpa, ni cabe en un corazón, amor de Dios y culpa mortal. Pero de lo que sirve dejar Dios al alma, á quien lo dá aquel sensitivo amor, es para que se vuelva á Dios y llore su culpa y se junte

el sentimiento con el consentimiento; y el amor sensitivo con el espiritual y verdadero, y con eso llore más vivamente sus culpas con motivos de amor y con un dolor vehementísimo y ansia de apartarse de sus culpas, como San Pedro, que no hay duda, que al buscar al Señor la noche de la Pasión en casa de Anás y de Caifás, *ut videret finem*, tenía amor sensitivo y racional: y cuando como flaco lo negó, le quedaría el sensitivo, y con la culpa se le fué el espiritual y racional, y después, como amante vuelto ya en sí lloraba con amor y dolor sensitivo y racional aquella culpa. Y así, aunque no hay duda, que esta verdadera caridad, obra como ama, y es amar con pureza y obrar con ella, sin ofender á Dios, que es el verdadero amor de Dios; con todo eso, tengo por gran bien y merced de Dios para todo tiempo darle su Divina Majestad á cualquiera cristiano tal amor, que ame en todos tiempos el alma á Dios, esto es, que tenga sentimiento de amor de Dios: porque es como tenerle un despertador, para que si como flaco cae, luego vuelva á buscar á quien adora, á quien ama, y tanto más siente haberle ofendido, cuanto más lo quiere y lo siente en su alma amado.

Ultimamente, sólo Dios sabe, y no se puede bastantemente explicar lo que esta alma pasó, lo que padeció, lo que obró la gracia para defender

á esta alma de la culpa; lo que obró el demonio, las malas inclinaciones y pasiones de este pecador para despojar á esta alma de la gracia; lo que Dios obró para que no se perdiese; lo que este desdichado y rebelde pecador obró para perderse; lo que el alma pobre y desamparada de todo y sólo socorrida con los auxilios de la gracia, bondad divina y piedad sobre infinita de su Dios, trabajaba en que no le llevasen á su Dios; y en llevándose y en buscarlo, tenerlo y detenerlo, y esta batalla espiritual de perder y cobrar á Dios y asirse firmemente al no perderle, todo se debe á la gracia de aquel Dios, que es todo misericordia.

Bendito sea para siempre este señor (que según espera esta alma en su divina bondad) en esta porfiadísima batalla venció la gracia, triunfó y puso á sus piés la culpa.



CAPÍTULO XXV

Nuevas y repetidas misericordias que Dios obró con este pecador, después que le libró de tan grandes peligros y perdición.

Habiendo salido esta alma pecadora de esta espiritual batalla y naufragio en los brazos de la gracia y piedad Divina, y escapado como el que se está ahogando en la tempestad y le viene por socorro un diestro nadador que le toma sobre sí y le saca á tierra, comenzó con las raíces que tenía echadas en su alma el deseo de servir y agradar á Dios, y no ofenderle á retoñecer, y á recibir nuevas y mayores misericordias de Dios, y las ha ido recibiendo en los años siguientes, que él se holgara que fueran eternidades, para haber llorado y servido á un Dios tan bueno y perdonador, y se irán apuntando algunas, por ser dificultoso y aún imposible á su discurso el poderlas referir todas.

La primera: que agradecido á lo que Dios había hecho en él, librándole de tan grandes peligros y daños, fué cada día recibiendo más gracia, y fortificándose más en los propósitos de agradarle y no ofenderle, y á este intento iba repitiendo devociones de la virgen y los santos.

La segunda: le dió gracia el Señor, para que fuera también avivando los ejercicios de la penitencia, y aunque ésta del todo no la dejó, pero la fué aumentando más desde entonces.

La tercera: que frecuentó más el acudir á los hospitales y á asistirles, y á los lugares é imágenes de devoción, señaladamente á las de la Virgen Santísima, en quien siempre ha puesto su corazón y toda su confianza.

La cuarta: en los mismos hospitales iba obrando con más humildad que antes, sirviendo de rodillas á los pobres, y llevando la holla y lo demás (aunque lo más de esto lo solía hacer antes de treinta años á esta parte).

La quinta: algunos meses antes de lo que se dirá, andando en el coche, particularmente en el campo, en poniendo los ojos por las ventanas del coche, se le presentaba la virgen María, Nuestra Señora, en figura de una niña muy hermosa, con manto azul, corona en la cabeza, la luna en los pies, y esto le duró mucho tiempo, y se le re-

presentaba en el aire, unas veces algo lejos y otras cerca; y aunque él no hacía caso de esto, porque no se ha gobernado por estas cosas, le consolaba muchísimo, y debía de dejarle algunos buenos efectos en el alma. Esto le duró hasta que le sucedió lo que se sigue.

La sexta: le sucedió, que saliendo una mañana (sería como á las once del día) de servir á los pobres en un hospital, tomó su coche para ir á visitar una imagen de devoción de Nuestra Señora, en donde veinte años antes, y más le había sucedido el quererlo el demonio espantar en figura de culebra (como lo ha dicho arriba en el capítulo 14), porque á esta santa imagen tenía grandísima devoción; y le sucedió, que seis ú ocho pasos después de haber partido vió al lado derecho á Nuestro Señor en figura de salvador á pie caminando hacia donde iba este pecador, y el vestido ó túnica parecía morada de color algo claro; el rostro hermosísimo sobre manera; los piés descalzos, el pelo castaño, los ojos claros y hermosos, el semblante grave, humano, pero no alegre. Y cuando vió aquello se enterneció, y cuanto caminaba el coche iba este Señor caminando. Los ojos con que le veía, eran de la imaginación, más no puede jurar que fuesen de ella solamente, porque influía tan eficazmente al entendimiento, calentaba de tal suerte en la volun-

COL. DE LIB. QUE TR. DE AM.—T. X. NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1929 MONTERREY, MEXICO

tad y se ponía tan presente á los del cuerpo, que con todos ellos parece que lo veía.

Apeóse y siempre le parecía que caminaba á pocos pasos (como á cuatro ó seis) de su persona y á la mano derecha. Algunas veces volvía este pecador los ojos á la otra parte del coche, y allí se le ponía como á la otra parte, de suerte que le fué continuando esta preferencia cerca de seis años: y hasta ahora no se le ha quitado del todo, más ó menos conforme ha sido su voluntad; particularmente cuando vá á las visitas de las almas lo primero que ve ordinariamente (aunque en estos años últimos no ha sido tan frecuente) es este dulce acompañamiento en este género de presencia.

El juicio que él hace de esto es, que el Señor, para recoger su alma, permite que algún ángel le represente en esta figura, ó que la imaginación y los sentidos necesariamente mirando lo vean de esta manera ó porque así cumplierse su voluntad santísima; y de cualquiera manera, esto lo tiene por cosa de Dios, porque los efectos son: quietud, paz y sosiego, devoción y ninguna propiedad en el alma, recogimiento, amor divino, pureza de conciencia, agradecimiento á Dios, mira lo que dice y habla y ninguna propiedad en el alma, ni asimiento alguno á esto.

Es verdad, que de tres años á esta parte se

mudó el rostro y semblante en figura de que estaba padeciendo coronado de espinas, y así se le ha representado comunmente en estos tres años y en los antecedentes, como salvador, de la manera que tiene dicho.

Lo séptimo: cuando ha tenido algunas tercianas, particularmente en dos ó tres ocasiones, se ha avivado más esta presencia con grandes efectos y ternuras de corazón; y en dos ocasiones se le presentaba su madre santísima en figura de una señora de hasta cuarenta y más años, sumamente hermosa y venerable, y asentarse en un lado de la cama el Señor y su Madre en el otro, mirándolo con agradable vista, y causándole notable recogimiento y amor, consuelo y gozo, y tanta quietud y sosiego en el alma, que se manifestaba que aquello debía de ser obra de Dios.

Lo octavo: en este género de visiones nunca ha sentido en su alma embarazo, ni asimiento, ni afecto, que le cause aflicción, ni congoja ni deseo de que se repitiesen; sino un sosiego y quietud grande, y desasimiento, como sino sucediese; porque siempre lo ha tenido á este género de cosas, como sujetas á engaños, y desde los primeros años de su vocación le ha dado Dios desapego á lo criado, y á criaturas en la voluntad, sin consentirle afecto, ni cosa alguna, que no fuese hacer la voluntad de Dios, y obrar en fe,

en espíritu y verdad, exceptuando el tiempo que ha referido, en que ha vivido ya arrastrado, ya luchando con sus pasiones, pero han sido de otro género, y siempre aborreciendo aquello que á Dios no le acercaba, ó que de Dios le apartaba; porque verdaderamente, aún cuando las pasiones hacían suerte en él y lo perdían, era reventando y aborreciendo cuanto no era este desasimiento, y deseo de ser solo, y todo de Dios, y creo que es la causa de aborrecer cuanto no es de Dios, ó puede tener al servir y agradar á Dios el que desde que le sucedió haberle pegado fuego en su corazón la Virgen con el amor que tenía en sus brazos y manos (que era el dulcísimo Jesús en la ocasión que ha referido en el capítulo diez y seis) y el amor de los bienes eternos, y eterno es enemigo del temporal y de todo lo criado, el amor del Criador le ha defendido aquel amor de este amor, y aquel deseo de Dios de todo deseo que no sea aquel deseo, que es de Dios, en Dios y por Dios.

Lo noveno: le ha dado Dios fidelidad en el alma, si no en el servirle como debe, en conocer que es lo mejor, y procurar seguir lo bueno, cierto y seguro, y aún en lo espiritual en huir de lo que es malo, peligroso ó dañoso. Y siempre que ha sentido cerca de sí al demonio luego le palpita el corazón y teme, y se vuelve á Dios y lo

conoce como si lo viese, y como el polluelo en viendo al gavilán tiembla, y corre como puede á ponerse debajo de las alas de su madre, así el alma se va á poner en el amparo y protección de su Dios y su padre celestial; y de esto ha tenido harto en los seis años siguientes.

Ultimamente siente y se le ha fijado más en el alma el santo temor de Dios y de sí mismo, y el fiar más en Dios y fiar menos de sí, diciendo diversas veces: *Consige timore tuo carnes meas.*

Y este temor de sí y temor con amor de Dios á Dios, lo tiene por grandísimo tesoro y desea perder antes la vida, que no perderle mientras le dure la vida.

